



EN LA OSCURA NOCHE

Paola Sáez

EN LA OSCURA NOCHE



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Paola Sáez

© Ilustración de portada: Paola Sáez

ISBN: 978-84-19151-58-2

ISBN digital: 978-84-19151-59-9

Depósito legal: M-6141-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Per a l'Alexandra

1. El mar

Recuerdo que un martes me levanté y me dolía el pecho. No había ninguna herida ni recordaba haberme caído de la cama, solo dolía. Dolía al recordar el sitio del que venía, en el que había estado mientras dormía.

Clara y yo nos bañábamos en el mar. Ella sonreía y yo aún podía oler su pelo, que siempre olía raro, pero bien. Era verano y solo existíamos nosotras, nadie más. Estábamos en medio del océano, desde donde no se ve la orilla, pero nuestros pies tocaban la arena. A nuestro alrededor no había nada más que el infinito azul, el azul del mar y del cielo, que se volvía naranja cuando llegaba el frío. Y podía sentirlo, podía sentir el frío aunque durmiera, de la misma manera que podía oler su pelo o sentir sus dedos entrelazados con los míos. La sentía y la miraba, pensaba en cuánto la quería.

Pero cuando me desperté Clara seguía muerta y a mí me dolía el pecho. No era un dolor físico, o sí, tal vez sí, pero era un dolor que no conocía. Un dolor que no se iba.

Me quedé un rato en la cama, recordando lo que acababa de vivir. Quería visualizarlo antes de que se me olvidara para siempre, quería verla una última vez. Quería verla tan de cerca que casi pudiera tocarla, quería que esa fuera la última imagen que recordara de ella, y así borrar de mi memoria la de verdad. Cerré los ojos y allí estaba, con su bañador verde, su largo y ondulado pelo, sus uñas mordidas, las pecas en su nariz, los rasguños en sus rodillas. Había pasado mucho tiempo, y aunque la había echado de menos, no se lo decía. Ella se metía debajo del agua y luego me cogía del brazo

para que me bañara yo también. Se reía y me susurraba al oído. Casi podía escuchar su voz, pero las olas del mar no me dejaban. Cerré los ojos con fuerza e intenté concentrarme, pero el olor de su pelo se difuminaba y las pecas en su nariz desaparecían. Ya no escuchaba su voz ni las olas del mar, ya no notaba el agua en mis piernas. ¡Quería tanto que volviera! Quería que fuera real, quería bañarme con ella en el mar. Una última vez. Lo quería tanto que mi cuerpo se sintió abrumado, pesado, igual de pesado que ese 3 de julio, el último día en que la vi. Habían pasado dos meses. Dos meses sin ella; sin verla, sin hablar de ella, sin soñar con ella, sin recordarla. Y de repente, ese martes, había vuelto a mí, y recordé quién era yo y quién era ella. Desperté.

Volví a abrir los ojos y de ellos salió agua. Salía sola, sin mi permiso, y bajaba por mis mejillas hasta llegar a mis labios. Era salada, el agua del mar. Bajaba por mi cara sin cesar y, aunque me asustaba, no me sorprendía; sabía lo que me pasaba, porque a Clara le había pasado también. Lo había visto ese día en que entré en el baño y la encontré en el suelo, con los ojos hinchados y las mejillas mojadas.

—¿Qué tienes?

—Pena.

Ella me hablaba de cosas de las que nadie jamás hablaba. Yo la escuchaba, con miedo, como si al hablar de ellas, esas cosas pudieran meterse dentro de mí. Pero escuché sus historias prohibidas sobre las cosas de verdad, porque me gustaba escucharla, porque con el tiempo entendí que esas historias hablaban de ella. Y creí entender todas esas palabras, pero ahora sé que no lo hice realmente, no hasta que se fue. Entonces lo vi, y más tarde, lo sentí.

Supuse que el dolor de pecho era la pena.

2. El principio

A veces pienso que Clara sabía que en el fondo yo era como ella, que algún día despertaría, o tal vez simplemente deseaba que lo fuera, para no estar sola. Prefiero pensar que si hubiera sabido que iba a despertar no me hubiera dejado, no se hubiera ido sabiendo que la iba a echar de menos. Quizás sabía que yo era como los demás, pero no fingía a mi alrededor porque confiaba en mí, porque me quería, o porque sabía que yo no iba a juzgarla. O tal vez creía que había algo diferente en mí, porque también lo había en ella. O tal vez era por los sueños, porque yo también soñaba. O por cómo empezó todo, porque no había sido igual que los demás, porque el día en que nací fue un día diferente, un día que todos olvidaron, excepto ella.

Fue un primero de abril, en primavera, dieciséis años y medio antes de ese martes. Y aunque por entonces Clara solo tenía dos años, solía contarme todo lo que ocurrió como si hubiera pasado el día antes. Se acordaba de todo; de detalles que mis padres habían olvidado, de cada palabra que dijo cada persona del pueblo, incluso de las cosas que ocurrieron cuando ella no estaba. Dormía cuando mi madre empezó a tener contracciones, y siguió durmiendo durante el camino en coche hasta el hospital, pero aun así recordaba el tiempo exacto que tardamos en llegar: 14 minutos y 37 segundos. También recordaba los nombres y las caras de todas las personas que había en el hospital, lo que era extraño, porque ninguno de esos nombres me resultaba familiar, y nosotras vivíamos en un pequeño pueblo en el que todos se conocían y del que nadie nunca se iba.

Cuando esperaba con mi padre en la cafetería de la planta baja, notó que había cosas fuera de lugar, cosas que no eran comunes, lo que es curioso teniendo en cuenta que una niña de dos años no sabe lo que es común, pero yo la escuchaba y me creía cada palabra. Dijo que los cuadros de la pared estaban todos al revés, que todo el mundo llevaba calcetines verdes y que el hombre de la cafetería estaba contento, muy contento. Estaba tan contento que gritaba, y toda la gente en la cafetería lo miraba.

—¿Y qué gritaba?

—Solo gritaba, no decía nada. Gritaba y reía.

Cuando me lo contaba me lo demostraba; gritaba y reía, y yo me asustaba. Luego también me reía.

—¿Y qué pasó después?

Sabía perfectamente lo que pasaba después, me lo había contado mil veces antes, pero cada una de esas veces yo le preguntaba lo mismo. Y ella siempre me respondía que mientras yo salía de dentro de mi madre, la gente en el pueblo empezó a gritar por la calle, imitando al hombre de la cafetería. Gritaban y saltaban, moviendo los brazos. Todos gritaron, menos yo. Yo no grité al nacer, que es cuando se supone que tienes que hacerlo. Me dieron golpecitos en la espalda, pero no lo hice. Tal vez por eso siempre tuve la sensación de que había algo en mi interior que tenía que sacar, algo que no pertenecía a ahí dentro. Tal vez era el grito.

—Todos gritaban, Aurora. Reían y gritaban como locos, y nadie se preguntaba por qué. Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo para gritar. ¿No es increíble? De repente ya nada importaba. Solo que venías tú.

—¿Pero cómo podías ser consciente de todo eso con dos años?

Eso es lo que le decía mi madre, quien creía, igual que mi padre y los vecinos, que se lo inventaba todo. Ella inventaba muchas cosas, decía mentiras y se las creía. Constantemente escribía y nos contaba historias como ninguna que hubiéramos leído jamás, nos intentaba convencer de la existencia de criaturas extrañas que imaginaba o nos aseguraba que vivía vidas e historias increíbles cuan-

do dormía. A mí me gustaban tanto sus historias que a veces las confundía con la realidad, lo que me causaba problemas en la escuela. Me gustaban tanto que quise creer que todo lo que pasó ese primero de abril era cierto, y me lo creí, durante años lo creí. Solía decirme a mí misma que Clara se acordaba de todo eso porque era especial, porque sabía más que los demás y veía más allá, pero con los años me di cuenta de que solo necesitaba creerme todas aquellas cosas para sentirme más cerca de ella, sentir que también era especial, y que eso nos hacía iguales.

El primero de abril la gente gritaba e hizo mucho sol. Hacía sol y el pueblo se llenaba de flores, lo que era extraño porque en el pueblo había muchos árboles y mucho verde, pero casi no había flores; estaban todas en nuestro jardín. Clara me enumeraba todos los tipos de flor que hubo ese día, con cara pensativa, como si de verdad se esforzara para recordarlo. También ponía esa cara cuando me describía los pájaros. Pájaros verdes, con picos amarillos y alas gigantes, que llenaron el pueblo. Tenían las alas más grandes que su propio cuerpo, tanto que podían llevar a sus crías en la espalda mientras volaban, pero cuando las cerraban y se camuflaban en su verde plumaje, se convertían en diminutos y adorables pajaritos. Yo nunca los había visto, pero escribía sobre ellos. Clara me contó que volaron por las calles y alrededor del hospital, y se esperaron hasta que nos dieron el alta para entonces seguirnos detrás del coche y volar hasta nuestra casa. Nadie más parecía haberlos visto, mis padres decían que no los recordaban, los vecinos callaban cuando les preguntaba por ellos. Pero yo sabía que eran reales porque cuando crecimos encontramos ese pájaro en el libro de aves de Clara. Existían en algún lugar.

Otra peculiaridad del primero de abril es que no tuvo noche; el sol brilló durante 36 horas seguidas, y nadie pudo dormir hasta que yo estuve en casa. El sol brillaba mucho, mucho, pero también había rayos. Rayos sin trueno, como cometas. Ah, y los árboles, al moverse con el viento, susurraban mi nombre. El nombre que ella había elegido para mí.

La gente dejó de gritar el segundo día de mi estancia en el hospital, pero siguieron comportándose de forma extraña. Se iban de casa y se besaban con personas que no eran sus maridos o mujeres, personas con las que se cruzaban en la calle. Luego, seguían caminando hasta encontrarse con otra persona a la que besar. También bailaban y hasta cantaban. La parte de los besos me la susurraba, para que nadie lo escuchara. A mí me hacía reír, pero una vez mi madre nos escuchó y nos quitó los libros durante una semana. Pero ella seguía contándomelo y yo seguía riéndome. Me imaginaba a mis padres con otras personas y sonreía. Me los imaginaba bailando y me reía a carcajadas. Y ella se reía al ver que yo lo hacía, y le brillaban los ojos cuando a mí me brillaban.

Los niños y niñas también se besaban, y se escapaban de la escuela para ir a jugar con los pajaritos verdes de alas gigantes. Hubo un niño que hasta pudo volar encima de uno de ellos, y otro al que lo llevaron varios pájaros por el cielo, agarrándole la ropa con sus patas y picos. Clara decía que esos niños desaparecieron y nunca volvieron, y que ahora vivían felices lejos de allí, lejos del pueblo.

Ese era un día que recordábamos a menudo, hasta que crecimos y hubo cosas más importantes de las que hablar, cosas de verdad. Pero antes, cuando éramos niñas y éramos felices, nos refugiábamos en sus historias, donde no teníamos que escondernos ni fingir, donde no teníamos miedo¹. Historias sobre el mundo, al que ella nunca perteneció, donde nunca fue amada ni aceptada, y donde siempre estuvimos solas. Pero en sus historias éramos libres. Y a través de ellas, sin saberlo, me contaba sus deseos y sus sueños, sus frustraciones y su pena. Así es como te mostraba quien era y quien quería ser, a través de sus mentiras. Y cuando se fue, sin decir dónde ni por qué, me quedé en esas historias. En las suyas, las de verdad y las que inventó.

Tal vez te cuente alguna, tal vez incluso te cuente cómo se fue.

¹ Miedo: sensación desagradable que sientes cuando percibes peligro (o lo sentía Clara cuando pensaba que nadie la querría jamás).

Los pájaros verdes, las historias que me contaba de noche, los sueños en el mar, el día que la vi y ya no respiraba, las veces que nos reímos y nos peleamos, las que nos pedimos perdón, el día que grité, la tarde en que besé y no fui besada, las cosas que odié y las que no comprendí, las veces que sentí cosas que no sabía que existían; todo eso forma parte de mis entrañas. Y si vas a seguir leyendo, quizás debas saberlo: este libro no habla sobre mí, ni sobre ella, ni siquiera sobre la pena o la soledad. Habla sobre el terrible acto de amar, y lo que eso conlleva.

3. El nuevo cuerpo

Esa mañana de martes, el día en que me desperté y me dolía el pecho, el día que había soñado con Clara en la playa, tenía clase. Quise quedarme en la cama, recordando, pero mi madre me llamaba desde la cocina. No podía perder el autobús otra vez, iba a llegar tarde, así que muy a mi pesar, dejando a Clara y el mar atrás, me levanté de la cama. Cuando lo hice me di cuenta de que mi cuerpo pesaba más de lo normal, y mientras observaba las fotos de la pared y sentía la luz del sol atravesando las cortinas para llegar a mi piel, noté cómo todo lo que había en mi interior cambiaba de sitio y se adaptaba a esa nueva sensación, a ese dolor tan nuevo. No me sentía yo, pero sabía que lo era, aún conservaba mis recuerdos y pocos conocimientos, era mi cuerpo el que había cambiado. Me vino a la cabeza la idea de que mientras dormía alguien o algo me hubiera sacado de mi cuerpo para meterme en uno de nuevo, en una funda dolorida y enferma, por lo que fui corriendo a mirarme en el espejo. Cuando miré vi mis ojos tristes² y mi boca seca, las pecas y el pelo hecho un desastre. Era yo, la de siempre, con la diferencia de que de repente ser yo era más difícil. Era difícil no pensar en el mar, era difícil no tocarme el corazón con la mano, como si se fuera a caer. Era difícil hacer las cosas que hacía siempre, me costaba. Me costaba porque todo mi ser estaba concentrado en mi ardiente pecho. Me costó abrir las cortinas y lavarme la cara. Me costó bajar las escaleras, caminar hasta la cocina y prepararme los cereales. Me costaba comer los cereales, así que no lo hice. Y

² Tristeza: pena.

cuando vi que a mis padres no parecía costarles hacer nada, sentí algo extraño que aún no sé explicar. Mi padre leía el diario como siempre y mi madre iba con prisas, como siempre. Los dos desayunaban siempre lo mismo, olían al mismo champú y tenían el mismo horario en el hospital, donde trabajaban. Nunca se separaban, lo que a veces me resultaba irritante³, y por eso me gustaba que él leyera el diario y ella tuviera prisa.

Aunque nunca habláramos de nada importante, ese día le conté a mi madre las cosas extrañas que había hecho mi cuerpo esa mañana. Le conté lo del pecho y lo de los ojos, y aunque ya lo sabía, le pregunté qué me pasaba. Que si estaba enferma como lo estuvo Clara y que si yo también me mataría. No sé por qué lo hice, ni qué esperaba. Quizás tenía la esperanza de que me llevara al hospital y me curara, pero en el fondo sabía que evitaría el tema. Nadie quiere aceptar que su hijo está enfermo.

—Pero qué tonterías dices, Aurora.

Sabía lo que me pasaba, pero quería que ella me lo dijera, lo que me pasaba y lo que iba a pasar, que me dijera la verdad, pero había dejado de escuchar antes de que yo empezara a hablar. Y entendía su indiferencia, de verdad que la entendía, pero la odiaba⁴. Yo quería saber si me iba a matar, o si ya me había muerto. Suena extraño, pero una de las últimas cosas que me dijo Clara es que hay gente que muere estando aún con vida, y a mí me daba miedo haber muerto mientras dormía. Y si eso no era cierto, quería saber qué pasaría, si me mataría o si habría una cura, si duraría dos semanas como ella o viviría siempre así. No entendía por qué me pasaba eso, por qué de repente me sentía una extraña en mi cuerpo. Bueno, sí, claro que lo sabía, pero habían pasado dos meses. ¿Por qué había tardado tanto en reaccionar? ¿Por qué no había enfermado antes? Solo había preguntas y no parecía que nadie fuera a darme respuestas. Así que, en silencio, miré el bol de cereales y le pregunté a mi pecho si estaba muerta o si aún vivía, si iba a vivir mucho o

3 Irritante: muy molesto.

4 Odio: sentimiento muy fuerte de rechazo.

poco tiempo, si me había ido para siempre o volvería. Tal vez me estaba muriendo, sabía que había enfermado, y me daba miedo. Así que se lo pregunté, y noté el doloroso latido, ese que no me dejaba hacer las cosas con normalidad. Sentí que me llenaba, sentí una tormenta dentro de mí, que callaba, pero me avisaba. De repente podía sentir todo lo que había dentro de ese caparazón que se había convertido en mi cuerpo, podía notar cada temblor y cada vibración que ocurría en cada órgano y cada arteria. Me daba miedo, me daba miedo toda esa fragilidad, toda esa materia que parecía que podía estallar o derretirse en cualquier instante. Tenía miedo, pero no sentía que hubiera muerto, aún no, en mi interior había de todo menos silencio. Era como un parto, sí, un parto doloroso. Sentí que estaba naciendo, como lo hice ese primero de abril, pero esa vez si gritaba, gritaba por dentro. Supuse que estaba viva.

—Venga, llegarás tarde a clase.

Decidí que no le contaría más cosas a mi madre. Nunca decía nada, ni siquiera cuando hablaba, y ahora sé que es porque sus palabras eran vacías, no había verdad en ellas. A veces me hacía sentir peor cuando hablaba que cuando me ignoraba, como mi padre, que nunca decía nada sobre nada. Bueno, a veces sí que hablaba, cuando venían los vecinos a comer o cuando trabajaba, pero nunca lo hacía si no era necesario o una cuestión de educación. Pero nunca me quejé, yo tampoco era muy habladora, nadie lo era. Excepto ella. Ella siempre tenía algo que contar; algo que había leído o visto, o sobre lo que había reflexionado, algo que la había dejado sin palabras. Me es imposible no reír al recordar cómo se maravillaba por cualquier tontería. Y era pesada, muy pesada, pero de alguna manera te hacía amar al mundo un poco más. Ese día en la cocina vi sus libros en la estantería, los libros que se compraba sobre ciencia y biología, los libros de los que pasaba semanas hablando. Pasaba minutos y horas y días hablando sobre tipos de pájaros y sus plumas y rituales de emparejamiento, o sobre flores o estrellas y constelaciones, o sobre animales marinos y los lugares oscuros donde habitan. Pero desde el día que se fue ya todo era silencio, la

casa ya no era la misma. Ya nadie decía nada, ya no había nada que tapara las mentiras, y los libros dormían en la estantería, llenos de polvo. Y esa mañana de martes, mirando el bol de cereales y los libros en la cocina, justo después de darme cuenta de que estaba viva, pensé en voz alta que ojalá Clara me contara cosas sobre pájaros.

—Ojalá Clara me contara cosas sobre pájaros.

—¿Qué has dicho?

—Nada, no he dicho nada.

Ese fue el día más largo de mi vida, un sueño interminable en el que escapo de una voz que me persigue, pero por más que corro y corro nunca encuentro una salida, nunca encuentro una puerta que se abra. Quería correr, salir de ese cuerpo que aparentemente era el mío, irme del pueblo, salir de esa sensación que me envolvía, de los recuerdos, pero no podía. Y todo en lo que pensaba era qué haría ella si me viera, si estuviera allí. Seguramente hubiese hecho alguna broma de mal gusto y se hubiese reído sola. Pero ya nunca se reía y ya todo era silencio. Subí las escaleras, entré en mi habitación, me vestí con lo mismo de cada día; camisa blanca, calcetines de tubo, falda y jersey negro con el escudo del instituto, que era el mismo que el del pueblo. Un feo y pobre árbol dentro de una especie de hexágono; ese era el escudo, aburrido, como todo lo demás. Me lavé los dientes, volví a bajar las escaleras, salí de casa, fui al garaje a buscar la bici, me acordé de que ya nunca íbamos al instituto en bici, me acordé de que, desde que iba sin ella, iba sola en autobús, me fui a la parada. Era el sexto día del penúltimo curso del instituto.

En el autobús, observaba a la gente y las calles del pueblo. Eran solo diez minutos de trayecto, que andando sería media hora, porque el instituto estaba a las afueras, rodeado de bosque. Me sentaba en el asiento junto a la ventana y miraba ese pueblo que estaba en medio de la nada, rodeado por verde y más verde, ese pueblo que empezaba a asfixiarme. Alguna vez había ido a otros pueblos en verano, y eran todos iguales, exactamente iguales. Tenían las

mismas casas de colores rodeadas de los mismos árboles, con los mismos caminos asfaltados y el mismo aire. Cuando fuera mayor me iría a la ciudad y nunca miraría atrás.

En el autobús, observaba a la gente, que vivía despreocupada, como si la vida fuera un tren al que te subes al nacer y te bajas al morir, sin preguntarte dónde va ni por qué estás ahí. Ese tren al que yo creía haber subido, hasta que me desperté y me encontré sola, ese martes. Y entonces, cuando vi los rostros de todas aquellas personas, despreocupadas, aquellas personas que yo había sido antes, entonces supe que me pasaría la vida persiguiéndolo, intentando subir, sin conseguirlo. Y ojalá parara y me esperara, pensaba. Ojalá la vida parara conmigo y me esperara. Pero todos se movían y yo no podía seguirles el ritmo. Esperar. Eso es todo lo que podía hacer, esperar a que eso acabara, esperar sin saber si acabaría. Y mientras, observaría a la gente en el tren pasar ante mí. Toda esa gente que conocía, aunque fuera de vista, con la que había crecido y vivido durante años, y que sin embargo me parecían tan ajenos, tan lejanos. Toda la gente me parecía lejana, incluso mis padres y mis amigas. Ya me lo parecían antes de despertar, pero ese martes la soledad me recorrió las venas, como si acabara de darme cuenta de que siempre había estado sola y siempre lo estaría, de que la única persona que podría entenderme se había ido. Y no era culpa de nadie, era mía, no sabía entenderlos. Y quería ser como ellos, aunque no me gustaran, porque ser ellos me parecía fácil. Lo había sido, y aunque con perspectiva me parecía que mi vida había sido una mentira, por lo menos había sido fácil. Mentir era fácil cuando no tenía nada que esconder. Si fuese como ellos, pensaba, como lo era antes, la vida pasaría rápida y tranquilamente, no tendría que preocuparme de cómo quería ser, lo sería y ya está. Era así antes de ese verano, antes de despertar. Las cosas pasaban y nada importaba, no tenía pena ni me preguntaba por qué nadie más la tenía. Quizás la había tenido siempre, muy adentro, en una parte de mí que nunca dormía, pero no me daba cuenta. Hacía lo que todos hacían y nada pasaba. Sonreía cuando tenía que sonreír y

callaba la mayor parte del tiempo. Mentía y decía solo las cosas que no importaban. Excepto cuando estaba con ella, claro. Con ella todo era distinto. Era feliz. Pero no como el resto de la gente del pueblo, que cree saber lo que es la felicidad y por eso sonrío. Yo no era así. Era feliz porque estaba con ella. Y ese martes quise volver a dormir, volver a ser feliz, volver a no sentir nada. Lo quería porque sabía lo que vendría, porque sabía que ese dolor de pecho no era más que el principio, porque temía acabar como ella. Quería dormir porque había visto lo que ocurría cuando estabas despierto, lo había visto el 3 de julio. Y ese martes tuve miedo y deseé no haber despertado. Y lo deseé el miércoles, y el jueves, y las semanas que vinieron. Durante mucho tiempo quise volver a dormirme, volver al pasado y no sentir nada, hasta que ya no tuve miedo. Hasta que entendí lo que fue mi niñez; cuando notaba el frío, pero no escuchaba el viento; cuando caminaba, pero no tocaba el suelo. Entendí que no puedes vivir si estás dormido, no puedes vivir fingiendo, entendí que son todos ellos los que murieron antes de nacer. Pero hasta entonces, no entendía nada y quería dormir, quería subir al tren. Y todo empezó ese martes, cuando me levanté y, tras notar un dolor en el pecho, comprendí las historias de Clara, las que hablaban de vivir.

4. El primer martes

Cuando vi a Pablo entrar por la puerta de clase me arrepentí de no haberme peinado, pero luego pensé que no importaba. De todas formas, con ese horrible uniforme todos éramos una sola persona, todos nos vestíamos y actuábamos igual. Si no tuviéramos nombres no hubiera habido nada que nos diferenciase. Tal vez el color de los ojos, o el del pelo, o tal vez una peca o una marca de nacimiento, pero nada más. Todos los chicos llevaban el pelo corto y se vestían con pantalones, y todas las chicas lo llevaban largo y usaban falda, como si fuera una norma que algún día alguien estableció y a nadie se le hubiera ocurrido cuestionarla o cambiarla. Pero, aunque todos fuéramos iguales, para mí Pablo era distinto. Y en realidad sí que me importaba lo que pensara de mí, pero fingía que no. A veces me acercaba a él y miraba al techo, para que él supiera que no le estaba mirando, como si eso le fuera a importar. En clase me sentaba detrás de él para poder mirarle sin que se diera cuenta. El primer día de curso me había sentado allí para poder observar de cerca su suave cuello, y con los días ese se convirtió en mi sitio permanente. Nunca lo había tocado, su cuello, pero sabía que era suave. Me pasaba horas mirándolo, por eso lo sabía. Y también lo eran sus orejas y su pelo, tan suaves que podías sentirlo sin tocarlo.

Pablo era como todos los demás, pero también un poco raro, y esa poca rareza era lo que me gustaba de él, lo que me había hecho quererle desde la escuela primaria. Era listo, sabía muchas cosas, pero no sabía atarse los cordones de los zapatos. Nunca

hablaba con nadie que no le hablara primero y a veces le costaba seguir las conversaciones, se distraía o decía cosas sin sentido que no venían a cuento. Eso me gustaba, que fuera un poco más de verdad que los demás, pero también hacía que fuera más difícil hablarle. Me daba miedo hablarle, y me daba miedo que él pudiera responderme, o que pudiera no hacerlo. Una vez lo había intentado, había intentado preguntarle qué hora era, pero al abrir la boca no salió ningún sonido, me quedé inmóvil y muda, y me dije que no volvería a pasar por eso.

No tenía muchos amigos y no parecía importarle, pero yo quería ser su amiga y que me dejara besarle el cuello. Clara siempre me decía que tendría que pedírselo, que debería preguntarle si podía besarle el cuello o dar un paseo con él, pero yo era demasiado tímida para hacerlo, tenía demasiado miedo. A veces deseaba ser como ella, tan valiente y sonriente.

Ese día, mirando su suave piel, volví a pensar en voz alta.

—Te odio.

Me escuchó y se giró.

—¿Qué?

Mi cara empezó a quemar.

—Nada.

A veces se me olvidaba que los demás podían oírme.

*

Los días eran eternos. Odiaba el instituto y odiaba a mis amigas, aunque agradecía que me trataran con normalidad, como siempre habían hecho. Ese curso la gente era más fría y apática de lo normal, casi no se me acercaban, y ya nadie me hablaba si no era necesario, como si tuvieran miedo de que la muerte fuera contagiosa. Nadie hablaba de ello jamás, ni de la muerte ni de ella. Actuaban como si nada hubiera pasado, pero sabían que había algo malo en mí. Tampoco me importaba mucho, para mí el instituto no era más que un lugar de paso, del que me olvidaría en cuanto se acabara.

Nada de lo que me enseñaban allí me interesaba ni me importaba, yo quería ser poeta y allí no enseñaban de eso. Clara quería ser florista, pero mi madre decía que era una profesión estúpida, así que la apuntó a un grado de Enfermería. En realidad, mis padres querían que estudiara Medicina, como ellos, pero sus notas no eran suficientemente altas, lo cual le vino muy bien porque ella no quería ser médica Tampoco enfermera, ella quería ser florista y ya está. Recuerdo el día que llegó a casa con las notas del último año de instituto, con una sonrisa de oreja a oreja. Unas notas horribles, con apenas algún aprobado, lo cual ella creía que haría que nuestros padres se rindieran y le dejaran hacer lo que quisiera. Pero no, encontraron el grado de Enfermería y dejaron que se pasara semanas quejándose, como siempre se quejaba de todo. Habría empezado el grado ese año y no le habría gustado nada y se habría quejado. Se habría quejado de la enfermería y del sistema y de mis padres. Como cuando cumplió dieciocho años, que vino a mi habitación y se quejó porque nunca se había enamorado y no podía estudiar Floristería. Y ahora ya nunca se enamorará y nunca será florista.

*

Acabaron las clases y fui al monte con Ana y Lola, mis amigas, de quienes antes he dicho que las odiaba. Sus nombres siempre han ido juntos; Ana y Lola, como una sola persona. Me pregunto si alguien se refería a nosotras como Ana, Lola y Aurora. Lo dudo, nunca acabé de encajar. Tampoco es que las odiase, es que no me gustaba cómo eran, pero me gustaba estar con ellas. Ellas hacían que no pensara en cosas en las que no debía pensar. Lo hacían sin querer, pero lo hacían. Por eso prefería estar allí con ellas que sola en casa, o en cualquier otro sitio de ese diminuto y aburrido pueblo. subimos hasta arriba del monte y fumamos. Ellas siempre fumaban marihuana. La mayoría de gente lo hacía. Nunca entendí el porqué, nunca les pregunté. Quizás esa es la manera que tiene la gente sana y normal de sentir algo sin necesidad de querer morir, pero si de verdad sentían algo, no se les notaba. Fumaban y seguían funcionando

igual. A mí me mareaba fumar, pero a veces lo hacía para que me dejaran en paz.

Me gustaba el monte y notar el viento en mi cara. Me gustaba mirar las ramas de los árboles bailar, pero las voces de Lola y Ana no me dejaban concentrarme. Hablar era lo que más hacían y lo que más me molestaba. Antes me gustaba hablar, con Clara hablaba todas las noches y la mayoría de días, pero me cansé. Cuando se fue me cansé de hablar, y cuando desperté empezó a molestarme que los demás hablaran. La gente siempre hablaba de las mismas cosas, cosas que no importaban, cosas que no significaban nada. Siempre usaban las mismas palabras y la misma entonación, nunca gritaban ni se alteraban, nunca susurraban.

Lola nos contó que el profesor de Historia le había dicho que parecía mayor, que su cuerpo había crecido durante el verano. Lo dijo y ya está. Eso me molestaba, que la gente contara las cosas y ya está. Tenías que observar sus caras para descubrir qué pensaban, si es que tenían alguna opinión sobre lo que acababan de decir; la mayoría de veces se hablaba por hablar, sin motivo ni sentido. Yo observé la cara de Lola y la noté orgullosa, no porque le gustara el profesor, sino porque a Lola le gustaba gustarle a la gente. A mí me pareció asqueroso. No sé por qué, no debería haberme dado asco⁵, pero a veces sentía o pensaba cosas que no debía sentir o pensar.

Aunque no lo hice, pensé en contarles que el día anterior el profesor me había preguntado cómo estaba.

—Si hay algo que te inquieta puedes hablarlo conmigo, ya sabes dónde está mi despacho.

—Estoy bien, gracias.

—Parece que necesites hablar con alguien.

—Estoy bien, de verdad.

Aunque en ese momento yo aún dormía y no entendía por qué tendría que necesitar hablar con nadie, ese lunes casi me había

⁵ Asco: sensación extraña en tu cuerpo que te provoca algo que no te gusta nada.

conmovido⁶ que alguien se interesara por mí. Pero el martes no, el martes me dio asco.

—Qué asco.

—¿Qué?

—Nada, no quería decir nada.

—Te voy a tener que pedir que solo digas las cosas que quieras decir. A veces no te entiendo.

A veces Lola era insoportable.

—Sí, lo siento.

Ana y Lola solían hablar de chicos, lo que es raro porque yo sabía que a Ana le gustaba Lola. No porque me lo hubiera dicho, sino porque le observaba la cara. También hablábamos de la gente del instituto o de lo aburridas que estábamos. Antes no nos aburríamos, cuando éramos niñas siempre había cosas que hacer. El hermano mayor de Ana, Álex, era muy amigo de Clara, y nuestros padres organizaban barbacoas y excursiones. Lola también venía, pero sus padres no porque tenían drogas en casa y hacían el amor con otras personas, y eso a los otros padres no les gustaba. No es que fueran distintos o estuvieran enfermos, los padres de Lola también sonreían y hablaban como todos los demás, pero se divertían, y su diversión estaba prohibida por la ley. Mis propios padres habían llamado a la policía más de una vez para denunciarlos, diciendo que habían oído ruidos, pero nunca nadie encontraba nada extraño al revisar su casa. Encontraban droga, sí, pero eso no era ilegal. Lo que era ilegal era dormir con terceras personas, no seguir el modelo de familia aceptado, no cumplir con las normas del matrimonio. Pero la verdad es que nadie sabía si dormían con otras personas, solo creían saberlo, excepto yo. Yo sí lo sabía, porque le observaba la cara a Lola, que siempre movía las cejas de una forma extraña cuando mentía. Lola lo negaba, sus padres lo negaban, pero eso no era un impedimento para que la gente hablara. Era el tipo de tema de conversación a la que se recurría cuando ya se había comentado el mal tiempo que hacía, cómo iba el trabajo o qué harían ese fin de semana. La gente

⁶ Conmoverse: sentir una pena bonita.

lo mencionaba, decían algo como «Les tendría que dar vergüenza» o «Qué mal ambiente para criar a una niña» y luego se miraban con la satisfacción de ser completamente normales y no tener nada que esconder. Y por eso nadie los invitaba a las barbacoas y excursiones, porque la única manera de gustarle a la gente de este pueblo es ser como ellos, aburridos y felices. Y por eso yo siempre sonreía, aunque me doliera el pecho.

Mientras bajábamos del monte, cogidas de los brazos para no caernos, les pregunté si alguna vez les había salido agua de los ojos. Lola dijo que una vez, ese día que una chica del otro equipo de baloncesto le rompió el brazo sin querer, en pleno partido. Recuerdo que me reí cuando ocurrió, y que todos los padres me miraron mal. Al llegar a casa mi madre me hizo un discurso sobre educación o algo así. Luego se lo conté a Clara y nos reímos juntas, y mi madre subió y volvió a dar el mismo discurso sobre educación o algo así. Cuando se fue, nos seguimos riendo, intentando no hacer ruido.

—Ah, es verdad.

Ana me sonrió y vi que le sangraba la nariz. Le pasaba a menudo, tan a menudo que a veces ni se esforzaba en limpiarse o ponerse algodón. Nadie sabía por qué le pasaba, pero a nadie le preocupaba.

—Te sangra la nariz.

Había algo en la sonrisa de Ana que me gustaba, de alguna manera parecía menos falsa que las de los demás, aunque quizás solo me lo pareciera por sus ojos. Tenía los ojos muy bonitos, casi brillantes, casi parecía que decían algo. Eran casi brillantes, pero casi apagados también. Como una ventana limpia después de la lluvia, no me dejaban ver si había algo escondido detrás. De todas formas, su belleza se veía eclipsada por la de Lola. La suya y todas las demás. Eso era lo que todos decían cuando nos veían: «Qué guapa está Lola». Y ser guapa o bonita o hermosa no servía de nada, pero a la gente le gustaba decirlo. Y a ella le gustaba escucharlo.

Me sentí mal por haber pensado que Ana era estúpida. En realidad, no lo era; era amable y lista. Aunque fuera igual de sincera que

los demás, nunca decía cosas que me herían o sentaban mal. No lo hacía conscientemente, pero eso me hacía quererla. Su problema era que siempre hacía o decía lo que creía que Lola quería que hiciese o dijese, y eso me molestaba. Lola solo pensaba en ella misma, lo que también me molestaba, pero por alguna razón también la quería. Había aprendido a querer a toda esa gente que nunca me iba a querer, no de la misma forma.

Nos despedimos y me dirigí a mi casa, caminando mientras me cogía el corazón con la mano, que pesaba. Fui por el camino largo, y caminé por el bosque durante un rato que podría haber sido un cuarto de hora o dos horas enteras. Cuando volví a casa ya era de noche y sabía que mi madre me estaría esperando despierta, pero por primera vez me daba igual. Me daba igual llegar tarde porque sabía que cuando llegara todo seguiría igual y nada habría cambiado, lo único que cambiaba era yo y no tenía ninguna prisa por hacerlo. Empecé a pensar, a pensar en mí, empecé a convertirme en un ser egoísta, y empezó a darme todo igual. Durante ese concreto momento, ya no parecían importarme las cosas que siempre me habían preocupado, se habían hecho pequeñas e insignificantes. Me daba igual llegar tarde, no me importaba suspender el instituto, que pasara otro curso sin hablar con Pablo, o que ese año tampoco saliéramos del pueblo. Todo eso que me había importado y que volvería a importarme desapareció. Pensé que ojalá mi madre se molestara de verdad algún día y me gritara, ojalá me pegara. Ojalá pudiera suspender todas las asignaturas y no llegar a la nota para estudiar Medicina o Enfermería. Ojalá ser poeta para escribir sobre Clara y sus flores, ojalá decepcionar⁷ a mis padres.

Llegué.

—¿Cómo se te ocurre llegar tan tarde? Mañana tienes clase.

No gritó, habló con el mismo tono de siempre, el único que había escuchado salir de su boca. Usaba la misma entonación para decir las cosas buenas que las cosas malas, igual que todos, lo cual

⁷ Decepción: pena que sientes cuando no se cumple lo que se esperaba.

me sacaba de quicio. Clara y yo solíamos portarnos mal para que gritara, intentábamos provocarla, pero ella nunca perdía la calma. Ni siquiera gritó el 3 de julio, nadie lo hizo. Pero yo sabía que, en el fondo, de alguna forma nos quería, aunque no lo demostrara. Era demasiado perfecta para demostrarlo. Todo el mundo en el pueblo la respetaba y admiraba. Era tan amable, tan educada, tan generosa, tan guapa, tan perfecta, tan sonriente. Sin embargo, yo no la conocía, ni a ella ni a mi padre. Incluso antes de despertar sentía que había una barrera invisible entre nosotros. Era un escudo transparente que cubría todo mi cuerpo y no me permitía llegar a los demás, así como no permitía a los demás llegar a mí. Pero con ellos lo intenté, intenté conocerlos. Les hablaba, les preguntaba cosas, observaba sus caras e intentaba descifrar sus pensamientos. Pero cada vez que creía que veía algo, se desvanecía enseguida. Quería saber qué había detrás de la amabilidad, la belleza, la sonrisa. Pero nunca lo encontré. Para mí siempre serían desconocidos, aunque los quisiera. Y yo siempre sería una extraña para ellos, a la que creerían querer.

—No vuelvas a llegar tan tarde los días de colegio, cariño.

—Sí, mamá, lo siento.

Le di un beso y me fui a la cama, deseando volver a soñar con Clara y el mar.

*despierta de tu sueño, antes de que salga el sol;
que nadie nos vea, que nadie nos siga,
que el día no sepa que nos veremos allí,
donde sé que me esperas, donde es oscuro;
allí donde temo,
olvido el anhelo
y la noche me atraviesa, no sé si es real;
me arrastro hacia ti, llego a tus pies,
que siguen quietos cuando tengo que volver,
me acerco a tus ojos, te miro otra vez,*

*pero ellos se alejan, no sé si para siempre
y no sé si bailo contigo o bailo sola,
pero si me vienes a buscar,
aunque sea solo una vez más,
bailaré a oscuras, sin pensar,
por el resto de la eternidad.*

